

Fratelli tutti

Hno. René Stockman

En la víspera de la fiesta de San Francisco de Asís, el 4 de octubre de 2020, el papa Francisco publicó su tercera carta encíclica. Presenta un resumen de la dimensión social de su pontificado y es revelador que una vez más utilice una sentencia de su santo patrón como papa para titular la encíclica. De la misma manera que san Francisco invitó explícitamente a sus hermanos y hermanas a experimentar y promover el amor mutuo y a amar a todos, sin distinción ni preferencia, el papa Francisco nos invita a desarrollar y promover la fraternidad y la amistad social en nuestro mundo concreto de hoy.

La encíclica está compuesta en gran parte por citas de discursos que ha pronunciado en distintos lugares durante los últimos siete años de su pontificado, en los que las directrices que quería dar al mundo como líder de la Iglesia están ahora formalmente establecidas y puestas en un marco claro. También utiliza textos que le han sido enviados a través de las conferencias episcopales. Suena como su testamento, en el que hace un balance de su pontificado. También se refiere regularmente a su anterior encíclica "Laudato Si'" y a las encíclicas sociales de sus ilustres predecesores.

Se produjeron inmediatamente muchas reacciones de la comunidad católica, mayoritariamente positivas, pero la publicación de la encíclica tampoco pasó desapercibida a escala mundial. Después de todo, los temas que el papa aborda afectan a todos y al orden mundial entero. Por lo tanto, ciertamente no puede considerarse un documento interno de la iglesia, sino más bien una invitación a las comunidades, tanto locales como nacionales e internacionales, a reflexionar y, con suerte, a tomar medidas. Una lectura seria de este texto no puede dejar ni dejará a nadie indiferente. Es como un extenso examen de conciencia sobre cómo construimos nuestras vidas en comunidad: ¿lo hacemos como individuos, envolviéndonos en una devastadora indiferencia o competencia con los demás, o lo hacemos como hermanos y hermanas, llenos de amor los unos por los otros?

Cada uno leerá esta encíclica desde sus antecedentes específicos, desde su propia historia de vida, y desde la posición que tenga en la sociedad. Deseo hacerlo como responsable de una congregación internacional que cumple una clara misión en el mundo, más específicamente en el mundo de la educación y la salud, sobre la base de su propio carisma. Como método escojo un breve resumen de cada capítulo seguido de una reflexión más personal. Que sea un espacio y una invitación en la que cada uno pueda hacer su propia reflexión para sí mismo y para el grupo al que pertenezca.

1. Las sombras de un mundo cerrado

Muchos describirán el capítulo primero como bastante sombrío y pesimista. Ofrece un análisis muy agudo de la actual situación del mundo y la destrucción parcial del sueño de poder avanzar hacia una mayor unificación a nivel mundial. En primer

lugar, señala la tendencia ascendente de un cierto nacionalismo, en el que los países y los pueblos adoptan una actitud superior hacia los demás. Parece ser una ilusión que lo que la economía mundial trata de imponernos es un modelo cultural único. Es un modelo que lleva al mundo hacia una mayor unidad virtual, pero que al mismo tiempo divide aún más a los individuos y las naciones. En lugar de la mayor cercanía, que debería resultar de ello, la distancia entre unos y otros está creciendo. Es una globalización creciente que, sin embargo, no nos impulsa a crecer en fraternidad con los demás. Algunos parecen olvidar su historia y otros niegan su tradición, lo que conduce a nuevas formas de colonialismo cultural. Los pueblos que niegan su historia y sus tradiciones pierden su alma, su identidad espiritual, su adquirida moralidad y, finalmente, su independencia ideológica, económica y política. Al final, ¿qué significan todavía los términos democracia, libertad, justicia y unidad? Se han convertido en términos huecos que ahora se utilizan para dominar a los demás. La preocupación por nuestra casa común, que es el mundo después de todo, no es de ninguna manera una preocupación por las potencias económicas que sólo están interesadas en obtener un beneficio rápido. ¿Quiénes son las primeras víctimas aquí? Los pobres, las personas con discapacidades que no se consideran útiles para esta economía global, los niños no nacidos que aún no están incluidos y los ancianos que se han convertido en una carga. Con la disminución de la tasa de natalidad, hay un fuerte crecimiento de la población de edad avanzada, que sufre de una soledad y un abandono cada vez mayores, que se hizo visible de manera tan conmovedora durante la reciente y actual pandemia.

Están surgiendo mayores desigualdades entre los grupos de población con el desarrollo de nuevas formas de pobreza.

Parece que los derechos humanos no son los mismos para todas las personas en el mundo. No se puede hacer la vista gorda ante la grave discriminación que sigue levantando su fea cabeza una y otra vez. Si se respetara la dignidad de los seres humanos y se reconocieran los derechos de todos, surgirían iniciativas nuevas y creativas que fomentarían el bien común. Ahora vemos a menudo que ocurre lo contrario, y es doloroso ver que lo que se proclamó solemnemente hace 70 años está lejos de ser una realidad y ciertamente no se respeta en todas partes. Formas graves de injusticia dominan la visión del mundo, alimentada por visiones antropológicas aberrantes dirigidas al llamado control de la población mundial y un modelo económico orientado únicamente a la obtención de beneficios, que no rehúye la explotación, la exclusión o incluso la matanza de personas.

¿Se garantizan los derechos de la mujer en todas partes? ¿Qué mancha en nuestra civilización son las nuevas formas de esclavitud, perpetuadas por las redes criminales?

¿Qué guerras no se llevan a cabo y qué persecuciones no tienen lugar por motivos raciales o religiosos? Es como si la tercera guerra mundial se hubiera librado poco a poco. Lo que siempre perece primero es el espíritu de fraternidad, que debería ser el cemento y la vocación de nuestra familia humana. Hoy en día, la llamada estabilidad y la paz se propagan a menudo basadas en una mentalidad de miedo y desconfianza mutua. Esto nunca puede traer la verdadera paz. En un mundo en el que se levantan muros para

protegerse de los demás porque supuestamente se teme al otro, no se puede hablar de paz. En su lugar, se promueve una mentalidad de miedo, inseguridad, soledad, y se crea un terreno abonado para los grupos mafiosos.

Mirando el mundo, no podemos negar los grandes avances en la ciencia, la tecnología, la medicina, la industria, y el nivel de vida de la gente en los países desarrollados. Pero, ¿es proporcional al mismo progreso moral y espiritual? Hay algo profundamente equivocado aquí. ¿Cómo es posible que donde reina tal progreso haya un silencio glacial, una indiferencia total ante una realidad totalmente diferente en todo el mundo donde, a causa de graves injusticias y crisis políticas, millones de niños mueren de hambre? ¿Es éste el resultado de la globalización, en la que deberíamos esforzarnos por lograr un crecimiento compartido hacia una mayor justicia en todo el mundo?

La pandemia de la COVID-19 ha demostrado que todos estamos en el mismo barco, en el que nadie puede salvarse por sí solo. Resultó ser una prueba de cuán necesario es para nosotros lograr una mayor cooperación a escala mundial. Aparentemente, se ha aprendido muy poco de la pasada crisis financiera y la gente ha vuelto a caer muy rápidamente en una mentalidad del "sálvese quien pueda". ¿Cuál será el siguiente paso a nivel mundial una vez que se se haya vencido a esta pandemia? ¿Se olvidará pronto, cada cual volviéndose a recluir en sí mismo? Y, en la lucha actual contra la COVID-19 y su prevención, ¿los llamados grupos "inútiles" serán relegados una vez más a un segundo plano? Estas son preguntas que debemos atrevernos a hacernos. El único camino a seguir es crecer hacia una comunidad en la que la pertenencia mutua y la solidaridad se conviertan en verdaderas prioridades.

Otro dolor social al que nos enfrentamos hoy en día es el de la cuestión de los refugiados. Nunca antes tantas personas han huido en busca de una mayor seguridad para ellos y sus familias. Por supuesto, cuando se trata de la política mundial, se debe hacer todo lo posible para que las personas puedan permanecer en sus propios países y no tengan que huir. Esa debería ser y seguir siendo la opción principal. Pero la realidad es diferente. Por eso, no podemos cerrar los ojos ante esta tragedia mundial a la que nos enfrentamos hoy en día. Especialmente la forma en que estas personas son privadas de su dignidad humana y son tratadas de manera inhumana. ¿De repente los refugiados tienen menos valor, menos importancia y menos derechos simplemente porque son refugiados? Somos conscientes de que nos enfrentamos aquí a un problema difícil, en el que el miedo es a menudo la base de varias formas de exclusión. Sin embargo, sigamos viendo también el lado positivo del mayor intercambio intercultural e incluso interreligioso que esta migración puede suponer.

Hoy en día, estamos viviendo en el momento cumbre de la comunicación. Pero, ¿este gran progreso se utiliza siempre de manera positiva? Están surgiendo nuevas formas de actividad criminal a través de estos medios, así como adicciones personales y la ilusión de que un mundo virtual puede reemplazar al mundo real. A raíz de esto, estamos siendo testigos de un creciente individualismo que, entre otras cosas, se manifiesta en la ya mencionada xenofobia y el desdén por los vulnerables. Se están creando plataformas a través de Internet en las que se pueden expresar y organizar

cualquier forma de extremismo. El hecho es que la comunicación virtual nunca puede sustituir a los encuentros personales. La verdadera sabiduría crece a través de encuentros vivos con la realidad y no navegando por Internet durante horas y horas todos los días para reunir información aparentemente interminable. Uno podría preguntarse si no está perdiendo la capacidad de escucharse en el proceso.

Otro fenómeno que debemos mencionar es la forma en que ciertos países, creyéndose superior a otros, los dominan, bloqueando así el desarrollo local e imponiéndoles ideologías extrañas que contrastan fuertemente con sus propias tradiciones y morales.

Sí, hay mucho que asimilar, pero sigue siendo una invitación urgente a no esconder la cabeza en la arena y a fingir que no nos concierne. La fuerza del papa Francisco es precisamente que no deja de llamarnos a romper nuestra complacencia y a sentirnos conjuntamente responsables del bien común. El primer paso es tomar cada vez más conciencia de la realidad y hacerlo de manera objetiva y correcta, sin dejarnos arrastrar por formadores de opinión que tengan otras intenciones que no sean proclamar la verdad. El mayor malestar que surge aquí es un creciente individualismo, que se está convirtiendo en un modelo político y económico y que socava la comprensión de que todos somos hermanos y hermanas de los demás y que somos responsables unos de otros y del bien común. El primer paso y el pensamiento debe ser siempre: ¿qué tienen que ver yo y mi comunidad específica en la que vivo con todo esto? El peligro es que nos escondamos detrás de la excusa de que no somos políticos mundiales o grandes industriales que pueden marcar tendencias por el poder y el dinero que tienen. "Sé el cambio que deseas ver en el mundo" es un dicho muy conocido que también se aplica aquí. Para muchos fenómenos que vemos evolucionar a nivel mundial y que se están considerando aquí, también los vemos, a pequeña escala, en nuestros propios corazones y en las pequeñas comunidades a las que pertenecemos. Por lo tanto, seamos autocríticos y preguntémonos cómo está nuestra fraternidad social y el amor. Y con eso pasamos al siguiente capítulo que quiere profundizar precisamente en eso.

2. Un extraño en el camino

En un típico estilo ignaciano, el papa Francisco analiza la parábola del Buen Samaritano como una forma de orientación contemplativa para desarrollar un camino de verdadero amor y solidaridad social. Refiriéndose a la pregunta que Dios le hizo a Caín después de que matara a su hermano Abel: "¿Dónde está tu hermano?" (Gen 4,9) con la terrible respuesta: "¿Soy yo el guardián de mi hermano?", se refiere al núcleo del problema: uno puede dejar de cuidar del otro, del prójimo de una manera drástica. Basándose en esta comprensión, la tradición judía ha elevado el amor al prójimo a un mandamiento. Sin embargo, todavía estaba demasiado limitado a los propios parientes. Es esta limitación la que Jesús rompe radicalmente con la parábola del Buen Samaritano y hace del mandamiento del amor un mandamiento universal que no excluye a nadie. El recuerdo de haber sido ellos mismos extranjeros ayudó a los judíos a desarrollar una preocupación específica por los extranjeros.

La parábola describe un marcado contraste entre aquellos que hacen las cosas

según las normas y continúan su camino sin ser afectados, y el samaritano que se conmueve por el extranjero en el camino. La pregunta que Jesús hace a continuación, con quien uno quiere identificarse, es, por lo tanto, una pregunta de confrontación. Refiriéndonos a la actualidad, debemos concluir que hemos hecho grandes progresos en muchas áreas, pero a menudo seguimos siendo analfabetos cuando se trata del cuidado concreto de nuestros semejantes necesitados. La primera preocupación de muchas personas suele ser no querer ser molestadas por los problemas de los demás. Sin embargo, el único camino que queda abierto para nosotros es precisamente el que tomó el samaritano: abrirse a nuestros semejantes vulnerables e impedirnos evolucionar hacia una sociedad en la que los débiles están excluidos. De hecho, la indiferencia ante el sufrimiento del prójimo va en contra de nuestra naturaleza humana, porque fuimos creados como semejantes de los demás y estamos llamados a convertirnos cada vez más en prójimos de los demás. Cada día nos enfrentamos a la misma historia y la pregunta es qué elección hacemos: la del sacerdote y el levita, que, indiferentes al sufrimiento del otro, continúan su camino, o la del samaritano, que se deja conmover por el sufrimiento del otro. Estos son los dos grupos de personas que vemos hoy en día. La historia del Buen Samaritano, por lo tanto, sigue siendo muy actual.

En realidad, la historia comienza con los ladrones que atacan al hombre. Esto, también, sigue siendo una realidad deplorable al ver cuánta agresión hay hoy en día y en la que las personas se convierten en víctimas. ¿Cómo lidiamos con esto, qué hacemos para prevenirlo y qué hacemos para ayudar a las víctimas de esta agresión?

Es muy sorprendente que Jesús utilice el ejemplo de un sacerdote y un levita, dos religiosos que se supone que observan los mandamientos al pie de la letra. Señala el peligro de comprometerse sólo con el culto dentro de la Iglesia y descuidar la preocupación concreta por nuestros vecinos al mismo tiempo. Creer en Dios y adorarlo en la iglesia no significa necesariamente vivir de acuerdo a su voluntad. Las palabras de san Juan Crisóstomo son sorprendentes, indicando que preferimos honrar una imagen de Jesús bien vestida que un Jesús desnudo en la cruz.

Aquellos que cierran los ojos, como el sacerdote y el levita, al sufrimiento de los que cayeron en manos de los ladrones, ¡se convierten en cómplices del crimen que se cometió! Continúan el crimen por así decirlo. Algo para reflexionar seriamente.

A veces oímos que la seguridad y el cuidado de nuestros semejantes necesitados es responsabilidad del gobierno, de la sociedad como tal. Esto es cierto, pero no debería impedirnos actuar nosotros mismos cuando nos encontramos con una persona que sufre. Esquivar nuestra responsabilidad es siempre un error. Por el contrario, es importante involucrar a otros, como hizo el samaritano, y animarlos a que nos ayuden a cuidarnos unos a otros. Porque juntos siempre podemos hacer más que por nuestra cuenta.

Lo que sorprende es que no se dice ni una palabra de agradecimiento en la parábola. El samaritano se va sin esperar una respuesta de la persona a la que ayudó. La dedicación en el servicio mismo le da la mayor satisfacción, eso le basta, porque sólo cumplía con su deber.

La historia del buen samaritano anula todas las restricciones que se habían deslizado en el mandamiento del amor. Todas las fronteras culturales e históricas se han eliminado. Todos deberían sentirse llamados a convertirse en el prójimo de la otra persona, sin limitaciones. Por supuesto, es significativo el hecho de que Jesús tomara como ejemplo a un samaritano, alguien que los judíos consideraban impuro y que, por lo tanto, debía ser evitado. Así que, ¡se están construyendo puentes en ambos lados!

Una última consideración es que esta parábola siempre debe ser leída en conjunto con el criterio de juicio en el que Jesús declara que todo lo que se hace por los más pobres y débiles se hace por él. Jesús mismo está presente en cada hermano y hermana que es abandonado o excluido.

La Iglesia también ha tardado en condenar todas las formas de esclavitud y ciertas formas de violencia, pero con el desarrollo actual de la teología en este campo, ya no tenemos ninguna excusa. Por lo tanto, es nuestro deber condenar en los términos más enérgicos posibles cualquier forma de nacionalismo egoísta y de xenofobia.

La parábola del Buen Samaritano es un verdadero icono también para nuestra Congregación, en la que nuestro carisma de caridad está vívidamente presente. No es sin motivo que esta escena fue elegida para la vidriera de la Basílica Nacional de Koekelberg en Bruselas con motivo del 150 aniversario de la Congregación. También está presente en la piedra conmemorativa que se colocó en la capilla de los hermanos en Eindhoven, en una vidriera de nuestro convento de Zelzate y en el tabernáculo de nuestro noviciado internacional en Nairobi. Pero al mismo tiempo, estamos constantemente llamados a rechazar y trascender todos los límites de nuestro amor al prójimo. Y se trata del amor concreto que debemos dar al prójimo necesitado en nuestro camino, la manera en que nosotros como comunidad estemos abiertos a los pobres de nuestro vecindario, la manera en que seguimos dando verdadera prioridad al cuidado de los más pequeños en nuestro apostolado y dejamos que nuestras opciones estén determinadas por ello.

3. Pensar y gestar un mundo abierto

Después del cuadro de la situación y de la parábola como inspiración de cómo se pueden hacer las cosas, los siguientes cinco capítulos están dedicados a caminos concretos hacia un mundo en el que prevalezca más amor social y áreas en las que esto debe ser practicado de una manera muy especial. De paso, se formulan también una serie de posiciones claras.

Este tercer capítulo hace un llamamiento a crecer hacia un mundo abierto, donde haya espacio para todos. Los seres humanos han sido creados para vivir unos con otros, más aún, para entrar en una relación con cada prójimo que esté marcada por el amor. Por lo tanto, cada uno está llamado a ir más allá de sí mismo, a romper el capullo de su propia existencia, y a hacer espacio en su vida para estar junto a los demás. Esta relación con los demás nos hace crecer como seres humanos, nos permite ampliar nuestro círculo de relaciones y hacer crecer un espíritu de hospitalidad dentro de nosotros. ¡Qué singularmente se vivió esto en las comunidades monásticas, ya en la temprana Edad Media, donde dar la bienvenida a los huéspedes era una tarea importante y se vivía como

un cumplimiento concreto del mandamiento del amor al prójimo!

El amor está en el corazón de nuestra existencia y también debe ser el corazón de cada creyente. El amor nunca puede quedar en segundo plano y no puede ser reemplazado por una lucha persistente para defender ciertas interpretaciones ideológicas de la fe. Si la defensa es necesaria, debe hacerse con y en el amor. ¡El mayor peligro en nuestras vidas es no amar! Por eso toda forma de hospitalidad y amistad estará profundamente marcada por el amor. Es el amor el que nos impulsa a buscar, encontrar y cultivar lo mejor en la vida de cada semejante.

El amor rompe todas las barreras, tanto geográficas como existenciales. Debe ser nuestra capacidad de ampliar constantemente nuestros horizontes y crear cada vez más espacio en nuestras vidas para la presencia del otro. Cualquier forma de exclusión de otra persona, por causa de su raza, color o fe, debe ser extraña para nosotros. En esta inclusión que estamos desarrollando, queremos prestar especial atención a las personas con discapacidades y a los ancianos, que hoy en día suelen llevar vidas marginales en la sociedad y se consideran más bien una carga.

Hoy día, nuestra atención se centra especialmente en la forma en que abrimos o cerramos nuestras fronteras a los refugiados. Refiriéndose a la parábola del Buen Samaritano, los refugiados son vistos por algunos como el hombre que yace al borde del camino, perturbando nuestro caminar. Uno no quiere ser perturbado y por eso busca maneras y medios para protegerse a sí mismo y a su propia comunidad. El término "semejante" está completamente erosionado y la gente sólo quiere salir con aquellos que pueden ser fácilmente aceptados como compañero. Por eso la libertad, la igualdad y la fraternidad deben ir siempre de la mano. La fraternidad es el verdadero humus para la deseada libertad e igualdad. Sin la fraternidad, estamos impulsados hacia un individualismo cada vez mayor, que es una verdadera infección viral para el desarrollo de nuestra comunidad y, por lo tanto, debe ser radicalmente opuesto.

Nuestro principio básico debe ser que todos los seres humanos tienen derecho a vivir con dignidad y a desarrollarse plenamente, y este derecho no puede ni debe ser ignorado por ningún país. Si esto no se respeta, nos convertiremos en una sociedad con grupos diversos: los que tienen la oportunidad de realizar su pleno potencial en la vida y los que no, hundiéndose en una marginalidad cada vez mayor, que, como podemos ver en algunas grandes ciudades, se está convirtiendo en una fuente creciente de agresión. Cuando lo único que cuenta es el rendimiento económico, muchos se quedan en la cuneta, lo cual, por desgracia, estamos presenciando cada vez más hoy día, y lo único que queda de la fraternidad es un vago eslogan romántico. La única orientación para nuestras acciones hacia los demás y también para el desarrollo armonioso de una sociedad es el bien común que queremos promover. El bien común se refiere a la benevolencia, a querer el bien de los demás. Para lograrlo, debemos ir por el camino de la solidaridad, tratando la solidaridad como una virtud moral y una actitud social. Debe estar enraizada en la educación familiar y en la educación superior en las escuelas. Es necesario guiar a los jóvenes en el desarrollo de una acción concienzuda en las esferas moral, espiritual y social, que debe ponerse a prueba en la práctica y desarrollarse aún

más mediante formas concretas de servicio, especialmente hacia el prójimo más frágil. La solidaridad crece cuando la gente piensa cada vez más en términos de bienestar de la comunidad y ya no ve su propia prosperidad, que es predicada por el reino del dinero, como el único camino para el bienestar completo. Aquí se aplica el principio de que la propiedad privada nunca puede hacerse absoluto a expensas del destino universal de los bienes. Este principio nunca puede ser una teoría, sino que debe hacerse visible y tangible en nuestra actitud y compromiso con los pobres. Es la única manera de lograr una distribución más equitativa de los recursos de que disponemos, a los que nunca podremos reclamar el derecho exclusivo absoluto.

Aquí es también donde el llamado apunta a que el espíritu empresarial nunca debe estar dirigido a la acumulación de propiedad sin tener en cuenta los derechos humanos y el bien común. Se puede esperar que los empresarios presten atención al empleo decente. Todo gobierno debe fijarse como objetivo dar a todos los ciudadanos tierra suficiente, un techo y trabajo. En el plano internacional, no podemos permanecer insensibles al desarrollo de los países que atraviesan grandes dificultades, y debemos tratar de reducir la carga de la deuda que atenaza a ciertos países y que corta de raíz cualquier forma de desarrollo ulterior, y pagarla de manera viable.

Una vez más, debemos preguntarnos cómo podemos desarrollar y dar forma a estos principios básicos para el desarrollo de un mundo abierto en nuestro propio entorno. Sería un error esconderse detrás de decisiones políticas y así eludir nuestra responsabilidad de promover este mundo abierto. Las palabras fraternidad y solidaridad requieren acciones concretas. El hecho de que nos llamemos 'hermanos' puede ser una señal poderosa para promover la fraternidad en nuestro entorno y ponerla en acción, especialmente para aquellos a los que les falta experiencia de fraternidad en sus vidas. En muchas regiones, nos enfrentamos al problema de los refugiados. Como congregación, no podemos hacer la vista gorda ante este problema y, una vez más, se trata de desarrollar pequeños actos de amor a través de acciones concretas. La forma en que manejamos nuestros propios recursos, los recursos de la comunidad, de la región y de toda la congregación, debe estar inspirada por una solidaridad bien pensada por la que también hagamos una contribución concreta a un desarrollo más equitativo en las diferentes partes de la congregación. No caigamos en la trampa de considerar los recursos de la congregación como "recursos privados", preocupados sólo por nuestro propio bienestar y por lo tanto dejándonos atrapar en las estadísticas con las que los bancos gustan de reclamarnos y nos aconsejan que reservemos suficientes provisiones para nuestro propio futuro. Sin descartar una justificada preocupación por nuestra propia supervivencia, la solidaridad nos pide explícitamente que compartamos con otros, y esto sobre la base de nuestra responsabilidad compartida por el crecimiento del bienestar general de toda la congregación.

4. Un corazón abierto al mundo entero

Este capítulo analiza un problema muy actual y discute cómo podemos tratarlo de una manera evangélicamente responsable.

El problema de la migración, que se trata en detalle aquí, es, por supuesto, un tema complejo para el que no hay soluciones ya hechas. Lo ideal sería evitar la migración innecesaria creando la posibilidad de vivir con seguridad y dignidad en los países de

origen, en la medida de lo posible. Pero, al mismo tiempo, todos tienen derecho a buscar un lugar para sí mismos y sus familias donde puedan desarrollarse plenamente como personas. Cuatro verbos deben ser siempre primordiales cuando se trata de los migrantes: acoger, proteger, promover e integrar. Esto puede ponerse en práctica, por ejemplo, facilitando la obtención de visados, desarrollando corredores humanitarios para los refugiados que se encuentren realmente en una situación de emergencia, proporcionando un alojamiento adecuado y el apoyo social necesario, con el derecho a la integración en el sistema educativo y la salvaguardia de la libertad religiosa. Cuando los migrantes reciben su ciudadanía, ésta debe estar basada en la plena igualdad con los demás ciudadanos del país. Para lograr todo esto, se necesita la cooperación entre los diversos organismos que participan en la recepción de refugiados y migrantes en el país.

La llegada de personas de diferentes culturas no debe considerarse inmediatamente como una amenaza, sino más bien como un enriquecimiento mutuo. No olvidemos cuántos países fueron realmente moldeados por la migración intercontinental, pensemos en todo el continente americano. Por lo tanto, hoy en día es realmente necesario hacer esfuerzos positivos para lograr un acercamiento más fluido entre Oriente y Occidente, teniendo en cuenta y respetando las diferencias culturales, históricas y religiosas. Por ello, una vez más, pedimos un nuevo orden mundial jurídico, político y económico que pueda atender y tratar precisamente estos nuevos problemas a escala mundial. Lo importante aquí es que haya espacio incluso para que los más pobres puedan hacer oír su voz y participar en el proceso de toma de decisiones. Con demasiada frecuencia se siguen tomando decisiones sobre ellos sin ninguna forma de participación por su parte. El aspecto de la gratuidad debe seguir siendo una actitud fundamental: cuando la gente llama a nuestra puerta, y esto también se aplica a la comunidad en general, no debemos preguntarnos de inmediato qué beneficio nos aportan. El criterio debe ser siempre que nos sigamos viendo como parte de la gran familia humana y que no nos fijemos en las diferencias que existen. Los polos de "globalización" y "localización" siempre estarán presentes y no pueden ser simplemente suprimidos o negados, pero debemos asegurarnos de que sean llevados a un equilibrio viable. La globalización no necesariamente obstaculiza el respeto y el crecimiento de lo local; también puede enriquecerlo. Me dirijo a la otra persona con mis propios orígenes, que no tengo necesariamente que negar, pero al mismo tiempo estoy abierto a los orígenes de la otra persona. Crecer hacia una mayor universalidad no significa que tengamos que estandarizar todo y negar nuestra propia historia y raíces. No, no debemos construir una Torre de Babel, porque eso es sólo una expresión de orgullo y falsas ambiciones. Es una cuestión de actuar localmente, pero siempre con apertura a una perspectiva más amplia. Cerrarnos a esto es el caldo de cultivo para un nacionalismo y un populismo malsano que, por desgracia, se está extendiendo cada vez más. Toda cultura debe estar abierta a los valores universales. El amor a la propia patria no contradice la apertura e integración de una humanidad más global. Consideremos a toda la comunidad humana como una gran familia, y hay muchas diferencias internas en cada familia, pero no son irreconciliables.

El tema de la migración no deja a nadie indiferente en estos tiempos, y una vez más se trata

de ver lo que nosotros mismos, como individuos y como pequeña comunidad, podemos hacer para desarrollar esa mayor apertura y actitud positiva hacia los migrantes. Nos ocupamos de los migrantes tanto en la atención de la salud como en la educación, y esto requerirá nuestra especial atención para ayudarles a integrarse plenamente, de modo que se sientan verdaderamente en casa bajo nuestro cuidado y educación, y no sean considerados como ciudadanos de segunda clase. Dentro de la propia Congregación, la internacionalización está creciendo con mucha fuerza, y también aquí se nos invita a apreciarla de manera positiva y a beneficiarnos realmente de ella. ¿No es un enriquecimiento de nuestro carisma que esto pueda ahora tomar forma y crecer en tantas culturas diferentes? La vida en las comunidades internacionales es un desafío, pero sobre todo un don y un enriquecimiento mutuo, siempre que prevalezca el respeto mutuo y no reine la superioridad de una u otra. En el pasado, muchos hermanos misioneros han experimentado la vida en una cultura completamente diferente como un verdadero enriquecimiento personal al descubrir nuevos valores que se perdieron en otras partes del mundo. Al mismo tiempo, se les permitió compartir su propia cultura con otros y enriquecerlos con ella. ¿Estamos ahora también suficientemente abiertos y dispuestos a la otra dirección cuando hermanos del Sur o del Este viven en regiones del Norte y ayudan a conformar el carisma? El sentimiento de superioridad sigue siendo un problema peligroso que debe ser combatido en todo momento.

5. La mejor política

El siguiente capítulo trata de otro problema creciente al que nos enfrentamos en todo el mundo: las tendencias sociales en las que el populismo y el creciente liberalismo están emergiendo y que están teniendo un profundo efecto en la política. No hace falta decir que este tema es muy sensible a nivel internacional y que también provocó una reacción inmediata cuando salió la encíclica. Sin embargo, no se presenta nada nuevo, sólo un claro resumen de la visión que el papa Francisco ha venido expresando al mundo político desde el comienzo de su pontificado, con una profunda preocupación por la preservación y el ulterior crecimiento del cuidado del bien común en el que nadie quede excluido. A veces se le acusa de ser demasiado sociopolítico, pero en realidad es una extensión consistente y una actualización del mensaje del Evangelio en el mundo de hoy. El Evangelio no nos llama a ser apolíticos; al contrario, nos llama a ser políticamente sensibles. Colocar la imagen de una barca con cientos de refugiados de diferentes nacionalidades y religiones en la Plaza de San Pedro en Roma es un acto simbólico que trata de poner de relieve no sólo el problema de la migración, sino también las crecientes tendencias del populismo y el liberalismo, y las desastrosas consecuencias que conlleva.

La premisa básica que aquí se expone es clara: el desdén de los miembros más débiles de la sociedad puede ocultarse en diversas formas de populismo que utilizan a esos miembros más débiles de manera demagógica para defender sus opiniones y también en formas de liberalismo que sólo protegen los intereses económicos de los poderosos.

En primer lugar, el populismo. Es como si hoy en día estuviéramos divididos en dos campos: los que se llaman a sí mismos populistas y los que se oponen a ellos. Tan pronto como uno formula su propia opinión, se decide inmediatamente en qué campo se debe poner. Cuando una cultura particular se convierte en una ideología farisaica y sirve al poder que uno quiere desarrollar sobre los demás, muy rápidamente evoluciona hacia una forma traicionera de

populismo. Muy típico de los líderes que empiezan a comportarse de manera populista es el hecho de que quieren conseguir todo inmediatamente y consideran todos los medios apropiados para hacerlo.

Con el auge del liberalismo, hay que señalar que cada vez más personas débiles corren el riesgo de quedarse al margen. La comunidad se está volviendo cada vez más individualista y, por consiguiente, la sociedad se percibe como una suma de individuos. El llamado neoliberalismo se centra únicamente en los sistemas económicos destinados a adquirir más y más. Mientras tanto, sin embargo, hace la vista gorda a los grandes grupos que están siendo cada vez más marginados como resultado. La atención al empleo de calidad está dando paso a la búsqueda de mayores beneficios y a la mayor tecnificación de los puestos de trabajo. Esto afecta a la necesaria preocupación política que debe existir para la promoción del bienestar personal junto con la promoción del bien común. Se pensó que la crisis financiera de 2007-2008 conduciría a un nuevo sistema económico que prestaría mayor atención a los principios éticos de una gobernanza adecuada, pero entretanto se ha puesto de manifiesto, y muy claramente durante la pandemia de la COVID-19, cómo el individualismo sigue prevaleciendo sobre la preocupación por el bien global de la sociedad.

El siglo XXI es escenario de un nuevo debilitamiento de la influencia de las Naciones Unidas, porque una y otra vez las dimensiones económicas y financieras están superando a la dimensión política, que debería centrarse precisamente en el bienestar mundial. Se reitera la necesidad de seguir reflexionando sobre la reforma en el seno de las Naciones Unidas, para que esta importante organización internacional de coordinación pueda cumplir debidamente su misión. Al tiempo que se respeta la autonomía de las naciones, debe existir un órgano que garantice el respeto y la promoción de los derechos humanos y la dignidad de todos los seres humanos en todos los países, a fin de construir una mayor fraternidad en todo el mundo. En primer lugar, debe seguir pidiendo una acción conjunta contra el flagelo de la escasez de alimentos en tantos lugares. Tal vez sea una buena señal que sea precisamente el Programa Mundial de Alimentos de las Naciones Unidas el que haya recibido el Premio Nobel de la Paz. Parece confirmar lo que dice la encíclica sobre el hecho de que no puede haber paz en el mundo cuando tantas formas horribles de pobreza siguen asolando a tantas personas. A menudo, la Organización de las Naciones Unidas también parece paralizada cuando se trata de alcanzar acuerdos de paz, porque la ley del poder parece prevalecer sobre el poder de la ley.

Cuando miramos a escala internacional, podemos ver que en muchos lugares la política se ha convertido en una lucha interna de poder en la que el interés general está comprometido. Es comprensible que, en tal situación, surja una aversión a todo lo que tiene que ver con la política. Sin embargo, la aversión no es la respuesta correcta. Por el contrario, debemos trabajar por una forma renovada de política en la que la preocupación por el bien común se convierta de nuevo en una auténtica prioridad. Para ello, sin embargo, se necesita una nueva mentalidad entre los que hacen política, una mentalidad de amor social. Sólo así la política puede ser vista como una verdadera vocación al servicio de la comunidad. El amor no sólo debe existir en el plano interpersonal, sino también en el seno de una comunidad más amplia, ejerciendo así una influencia beneficiosa en todo el proceso social, económico y político. Este amor social nos hace amar el bien común y nos hace creativos para continuar cuidando el bien de cada ciudadano de manera efectiva.

Aquí no hay lugar para el individualismo o para el deseo de poder. A través de este amor social, la gente puede crecer hacia una verdadera civilización en la que el amor sea el tema principal. Este amor social desata fuerzas para enfrentar los problemas del mundo y responder a ellos renovando las estructuras sociales, políticas, económicas y legales existentes desde dentro. Este amor social siempre necesitará la luz de la verdad: la verdad sobre los seres humanos como personas, sobre la sociedad como comunidad donde todos puedan ser escuchados, sean respetados y donde se preste especial atención a los débiles. Estos últimos deben seguir siendo siempre una preocupación importante en cualquier forma de política. Por lo tanto, una sociedad debe seguir dando cabida a formas de solidaridad que crezcan desde la base y promoverlas sobre la base del sólido principio de subsidiariedad. La política también debe tener el valor de combatir todas las formas de abuso que esclavizan a las personas y todas las formas de terrorismo, tráfico de armas, tráfico de drogas y crimen internacional que tienen un solo objetivo: perturbar el sistema social.

El amor social también prestará atención al hecho de que nadie esté excluido y, por lo tanto, luchará contra las formas de fundamentalismo que no tienen en cuenta todas las formas de tolerancia.

Si se mira a la persona que asume un compromiso político, cabe señalar que debe sobresalir en la solidaridad y el verdadero amor al prójimo. Incluso se menciona la palabra "ternura", que, por supuesto, contrasta con la dureza con la que a veces se puede hacer política. El político debe preocuparse por el bien común, pero no debe hacer la vista gorda ante la injusticia que observa en su entorno cercano. La atención a esto tendrá un impacto positivo en el trabajo político más amplio. Por lo tanto, la buena política debe basarse siempre en el amor, la esperanza y la confianza en que el bien sigue vivo en los corazones de muchos y que puede salir a la superficie a través de la acción dirigida como un poderoso contrapeso a lo negativo que también existe.

Ninguno de nosotros puede permanecer insensible a lo que sucede a nivel internacional. Con las formas modernas de comunicación y los medios de comunicación, nos enfrentamos a diario a ello. Aprender sobre ello es una cosa, formarse una idea clara es el siguiente paso. Sin embargo, tal vez no deberíamos detenernos ahí, pero también deberíamos tener el coraje de adoptar una posición clara en el lugar en que nos encontramos, especialmente cuando se explota a los débiles, cuando se desprecia la dignidad humana. No se nos pide que adoptemos una postura política activa o que adoptemos posiciones políticas fuertes. Sin embargo, se nos pide que seamos políticamente sensibles y también suficientemente críticos con lo que sucede a nuestro alrededor. Todos tenemos diferentes responsabilidades dentro de la sociedad y por eso necesitamos ver cómo podemos dar forma a esta sensibilidad política en el sitio donde estamos ubicados. También es importante qué elecciones hacemos en nuestra lectura, y con qué formadores de opinión nos sentimos afines. Ciertamente es deseable prestar más atención a las tendencias populistas y neoliberalistas. El término "amor social" suena nuevo en este contexto, especialmente en un mundo en el que parece haber espacio sólo para el poder, para el dinero, y el amor se descarta como algo para los débiles. En el apostolado en el que estamos especialmente comprometidos con los más débiles de la sociedad, podemos seguir instando a los políticos no sólo a que se comprometan con los que tienen peso electoral, sino también, y sobre todo, a que sigan prestando atención a los que están en la parte inferior de la escala social.

6. Diálogo y amistad social

Buscar el acercamiento, expresarse, escucharse mutuamente, atreverse a mirarse a los ojos, conocerse y tratar de comprenderse, encontrar un terreno común: son formas probadas y comprobadas de llegar a un verdadero diálogo. Algunos, sin embargo, huyen de la realidad y se atrincheran en su propio pequeño mundo desde el que atacan a los demás. Hay una profunda diferencia entre el diálogo y lo que hoy conocemos como intercambio de opiniones en los medios de comunicación social. Estos debates son, muy a menudo, manipulados y tienen un solo propósito: tener la verdad de su lado. Eso no tiene nada que ver con nada más que con el poder y el beneficio personal.

El diálogo auténtico presupone que uno está abierto a los puntos de vista de la otra persona sobre la base de la convicción de que hay algo de verdad en cada punto de vista. Para lograr esto, uno no tiene que estar completamente de acuerdo con lo que la otra persona está diciendo, sino que se busca un terreno común.

La cuestión es si los medios de comunicación de hoy en día sirven para este tipo de diálogo. Hay mucho intercambio en Internet, pero eso no garantiza que también haya diálogo. El diálogo siempre trata de buscar sinceramente la verdad, servir a los más débiles y construir el bien común.

Algunas personas creen que no hay verdades absolutas ni objetivas. Se disfrazan de relativismo. El hecho de que toda vida humana es sagrada e inviolable no lleva a ningún compromiso. Este relativismo es muy dañino para la sociedad y para la humanidad como tal. Debemos darnos cuenta de que hay acciones que son intrínsecamente erróneas, independientemente de las circunstancias y la intención en que se cometan. Parece que la distinción entre el bien y el mal se está desdibujando en este mundo y está siendo sustituida por una ética basada en lo que nos parece ventajoso y lo que nos es desfavorable.

También debemos ser conscientes de que mucho de lo que se proclama a través de los medios de comunicación es cualquier cosa menos cierto. Hay mucha manipulación y existe el peligro de que nos dejemos llevar por lo que los medios de comunicación proclaman como ideas dominantes y dejemos de estar abiertos a lo que es verdadero y real.

En una sociedad pluralista, el diálogo es esencial, pero debe basarse siempre en una postura personal clara y en la apertura a los puntos de vista de los demás. Sin embargo, veremos que hay valores que no son negociables; eso también debe quedar claro en cualquier diálogo, pero no debe ser un obstáculo para continuar el diálogo. Ese diálogo pondrá incluso de relieve ciertas verdades, sin esperar ni exigir necesariamente un consenso sobre ellas.

Trabajemos por una cultura del encuentro. Es el camino que conduce a una paz verdadera y profunda que no puede construirse así como así. Es un proceso lento en el que uno escucha pacientemente al otro y acepta que el otro tiene derecho a ser él mismo y también puede ser diferente. La base de esta cultura del encuentro es, por supuesto, el respeto mutuo, que debe desarrollarse unos hacia los otros. Si esto falta, el enfoque

principal será en las diferencias que siempre existirán. Centrarse únicamente en las diferencias es aprovechar una fuente que conduce a una gran cantidad de violencia con la que nos hemos enfrentado recientemente.

Por ello, la cultura del encuentro debe conducir a lo que se puede llamar un pacto social y cultural, en el que las personas entiendan y acepten que nunca tienen el monopolio de toda la verdad pero, al mismo tiempo, tienen el derecho de expresar sus convicciones, que no tienen por qué ser opuestas. El criterio será siempre el respeto y la promoción del bien personal y común. Podemos aprender mucho de san Pablo, que fue muy claro en sus convicciones y no las ocultó, pero al mismo tiempo defendió las relaciones adecuadas, basadas en la benevolencia, la dulzura y el respeto. El papa se pregunta si todavía podemos decirnos estas tres palabras: "permiso", "perdón" y "gracias". No podría sonar más práctico.

Un breve capítulo sobre un tema esencial en el que el hilo conductor es la importancia de tener un buen diálogo. No hay necesidad de muchos comentarios, porque lo que se dice suena tan reconocible, incluso dentro de nuestra Congregación. Siempre será necesario encontrar un equilibrio entre tener los propios puntos de vista, poder ponerlos en perspectiva cuando escuchamos atentamente los argumentos y los razonamientos de los demás, y al mismo tiempo darnos cuenta y aceptar que hay verdades generales que no son negociables. Esto último es quizás lo más difícil y lo más desafiante hoy día, ya que ciertos diálogos se bloquean porque ya no se acepta que todavía hay valores universales que no permiten el compromiso. El asunto consiste entonces en mantener el diálogo abierto y llegar a una forma renovada de estar juntos, en la que el respeto por el otro prevalezca sobre la fijación continua de las diferencias. Unidad en la diversidad, sin comprometer lo que es verdaderamente fundamental y absoluto: la inviolabilidad absoluta de toda la vida.

Como hijos de nuestro tiempo, no seremos insensibles a un cierto grado de relativismo, en el que cerremos demasiado fácilmente los ojos a lo que es objetivamente incorrecto, y difuminemos la distinción entre el bien y el mal, en nuestra propia vida y en la sociedad a la que pertenecemos. También en este caso debemos tener el valor de nadar a contracorriente a veces y no dejarnos llevar por un relativismo destructivo.

7. Caminos de reencuentro

Basándose en lo dicho en el capítulo anterior, la encíclica trata ahora de abordar una serie de realidades muy concretas que están definiendo nuestra coexistencia hoy en día y que requieren una posición clara.

El punto de partida debe ser siempre la verdad, acompañada de la justicia y la misericordia. La verdad no tiene que conducir a la venganza, sino a la reconciliación y al perdón.

El arduo camino hacia la paz mundial no es un camino en el que puedan superarse todas las diferencias, sino un camino de trabajo compartido para la promoción del bien común. Es perjudicial cuando uno quiere dominar al otro y cuando sólo el poder tiene la primera y última palabra. Igualmente perjudicial es la forma en que la riqueza se

acumula hoy día por una pequeña minoría. Esto está lejos de ser una preocupación compartida por el bien común, y estos son los obstáculos para ello. Por eso las grandes reformas nunca se hacen desde un escritorio, ni por medios legales solamente, sino cuando, a través del diálogo conjunto, se hace un esfuerzo serio por encontrar soluciones duraderas. En este sentido, es importante dejar de lado conscientemente cualquier forma de venganza. La paz no sólo significa la ausencia de guerra, sino también el deseo de crecer realmente hacia una mayor tolerancia hacia los demás, en la que el respeto de la dignidad de cada uno como ser humano debe ser siempre lo primero. Por ejemplo, sólo una cultura de cercanía con los llamados grupos marginales de la sociedad permitirá que crezca el entendimiento mutuo.

Es lamentable que algunas personas no quieran hablar de reconciliación, porque creen que el conflicto, la violencia y la separación son inherentes a cualquier forma de coexistencia. Otros ven la reconciliación como un signo de debilidad y una forma de huir del conflicto. El perdón y la reconciliación son temas muy característicos del cristianismo, pero también están presentes en otras religiones. Pero Cristo no habla de perdón, paz y acuerdos sociales superficiales. Por eso su afirmación es particularmente poderosa: "No he venido a traer la paz, sino la espada" (Mt 10,34). Se trata precisamente de los valores fundamentales discutidos en el capítulo anterior, que no toleran ninguna concesión y por los que los mártires dieron su vida, incluso hoy día. Tampoco se trata de perdonar simplemente la corrupción o los actos criminales que causan graves daños a la dignidad humana. Estamos llamados a amar a todos, pero esto no significa que podamos aceptar todo lo que hacen los demás. Perdonar no significa encubrir lo que otros hacen a los débiles. Se necesita coraje para enfrentar esta injusticia, precisamente por amor al prójimo y, en última instancia, por amor a Dios mismo. Pero esto debe hacerse por un deseo sincero de que prevalezca la bondad y no por venganza. Tenemos que ser capaces de seguir mirando en nuestros corazones para ver qué sentimientos hay y cómo no nos dejamos dominar por sentimientos negativos. La verdadera reconciliación tiene lugar en el corazón del conflicto y sólo es posible mediante un diálogo sostenido y una consulta transparente y paciente. De lo contrario, seguirá siendo algo artificial y ciertamente no sostenible.

Un principio básico importante para construir la amistad y la paz social es que la unidad debe seguir siendo siempre más importante que el conflicto. Debemos hacer todo lo posible para evitar la polarización.

El perdón no significa que deberíamos sencillamente olvidar. No podemos olvidar simplemente las persecuciones y los graves crímenes de lesa humanidad, pero al mismo tiempo no debemos dejarnos paralizar por ellos. Nunca evolucionamos sin un claro recuerdo del pasado, pero siempre debemos dejar espacio para el perdón. El círculo vicioso de la violencia sólo puede romperse con el perdón. La venganza no dará ni al perpetrador ni a la víctima una verdadera satisfacción.

Sobre la base de estos principios generales, sólo podemos afirmar que cualquier forma de guerra es una flagrante negación de los derechos humanos y sigue siendo un dramático acto de agresión contra el entorno. Si queremos promover un desarrollo

humano verdaderamente integrado, hay que hacer todo lo posible para evitar las guerras. De ahí la importancia de un diálogo y una consulta intensivos, incluso a nivel mundial. Aunque se dice que tenemos derecho a defendernos en caso de ataque, siempre hay que preguntarse si hubo suficientes consultas y si no nos apresuramos a tomar las armas. Por consiguiente, la guerra preventiva está plenamente condenada, especialmente a la luz de las desastrosas consecuencias que puede tener el uso del devastador arsenal de armas de hoy día. Por eso seguimos repitiendo: "¡Nunca más la guerra!" Toda guerra deja al mundo peor de lo que era antes. La guerra es siempre una derrota para las autoridades políticas y, en última instancia, para toda la humanidad, una rendición a las fuerzas del mal.

Otro tema es la pena de muerte. Se deja claro que la pena de muerte es siempre inadmisibles y se invita a todos los países a desarrollar otros medios para castigar al autor de un delito grave, protegiendo al mismo tiempo a la sociedad de una posible reincidencia. Uno podría incluso preguntarse si la cadena perpetua es realmente una alternativa o si parece más bien una pena de muerte velada. Al mismo tiempo, debemos seguir respetando la dignidad humana del autor y condenar todas las formas de tortura.

La paz mundial es, en efecto, una gran preocupación, y nos enfrentamos constantemente a conflictos en todo el mundo que se están saliendo de control. Como el papa Francisco señaló, es una guerra mundial que se libra poco a poco. También pensamos en los países en los que estamos presentes como congregación y en los que constantemente nos enfrentamos a disputas étnicas y religiosas que a veces tienen repercusiones dramáticas. Para nosotros, hermanos, es importante que logremos trascender todas las diferencias étnicas y mostrar al entorno, mediante una vida comunitaria armoniosa, que la coexistencia con los diferentes orígenes étnicos es realmente posible. Y en los lugares donde vivimos como minoría dentro de otras religiones, queda la tarea de encontrar formas concretas de diálogo. Esto se discutirá en el próximo capítulo. A través de nuestro apostolado, en el que nos abrimos sin discriminación a personas de diferentes orígenes étnicos y religiosos, podemos contribuir a un diálogo creciente. A veces estamos uno al lado del otro como dos pirámides. Las cúspides están muy lejos una de la otra y es difícil entrar en diálogo con cada una ideológicamente, pero a nivel de base, el diálogo puede crecer fácilmente a través de acciones muy prácticas, y así las pirámides pueden acercarse gradualmente para que las cúspides también se acerquen.

Todo lo que se ha dicho con respecto a los conflictos mundiales también se aplica a nuestra coexistencia como comunidad, como región y como congregación.

8. Las religiones al servicio de la fraternidad en el mundo

Esto nos lleva al capítulo final, que desarrolla un tema que el papa Francisco tiene muy en cuenta y en relación al cual ya ha tomado muchas iniciativas. Su premisa básica es que las diversas religiones deben ser capaces de contribuir a una mayor fraternidad a nivel mundial. La cita de los obispos indios es muy poderosa: "el objetivo del diálogo es establecer amistad, paz, armonía y compartir valores y experiencias morales y espirituales en un espíritu de verdad y amor".

El punto de partida es que juntos debemos abrirnos a Dios como el Padre de todos. Debemos unirnos ante Dios como la verdad trascendente, que trasciende las diversas interpretaciones religiosas. De esta forma, cuando busquemos a Dios con un corazón sincero, nos encontraremos con compañeros de viaje que también están en busca de Dios, sin estar a priori atrincherados en principios ideológicos. Cuando el mundo está en crisis hoy en día, es porque ha surgido una especie de anestesia para lo trascendente que ha hecho de muchos un maestro. Ha sido reemplazada por intereses puramente seculares y materiales que han suplantado completamente los valores trascendentes. Por lo tanto, la Iglesia tiene un papel público que desempeñar en la creación de formas de promover y fomentar la dignidad humana y la fraternidad universal. Aquí, la Iglesia se muestra como una madre.

Desde este punto de vista, la Iglesia también quiere estimar las formas en que Dios trabaja en otras religiones, en línea con lo que se enseñó en el Concilio Vaticano II. Al mismo tiempo, debemos hacer que la melodía del Evangelio suene en nuestros hogares, en nuestros lugares de trabajo, en la política y en el mundo económico. Porque es precisamente esta constante atención a la dignidad de cada ser humano y la construcción de la verdadera fraternidad lo que resuena en el mensaje del Evangelio.

Por supuesto, aquí es donde suena la llamada a la tolerancia y a la apertura en los lugares donde nosotros, como Iglesia Católica, somos una minoría, y al mismo tiempo la Iglesia Católica quiere mostrar esta apertura a aquellos que son de una denominación diferente o que profesan una religión diferente e incluso a aquellos que no creen en absoluto. Continuemos abriéndonos a Dios que no mira con los ojos, sino con el corazón, y que por lo tanto es un Dios de sorpresas. Idealmente, de esta manera podemos lograr una sociedad armoniosa entre las diferentes culturas y religiones.

Por eso, cualquier forma de intolerancia religiosa es inaceptable, y ciertamente el terrorismo que resulta de ella. La religión nunca puede ser la causa del terrorismo, sino es la pobreza, la opresión y la injusticia mutuas las que forman la base del mismo y que abusan de la religión para cometer actos terroristas. Por ello, los dirigentes religiosos deben hacer todo lo que esté a su alcance para entablar y mantener el diálogo entre ellos, contribuyendo así eficazmente a la paz mundial y suprimiendo todas las formas de extremismo.

En conclusión, el papa Francisco nos recuerda a aquellos que han contribuido verdaderamente a la construcción de esta fraternidad universal, tanto dentro de la Iglesia Católica como fuera de ella: san Francisco de Asís, Martin Luther King, Desmond Tutu, Mahatma Gandhi. Y muy específicamente, el beato Carlos de Foucauld se presenta como un modelo que ha recorrido un verdadero camino de transformación para convertirse en un verdadero hermano de todos los hombres y mujeres. Se convirtió realmente en el "hermano universal".

Demos la bienvenida a esta tercera encíclica con un corazón agradecido y busquemos honestamente formas en las que nosotros mismos, como individuos y como comunidad, podamos responder aún mejor a las diversas invitaciones impulsoras que conlleva. Junto con la anterior encíclica social, Laudato Si', el papa Francisco quiere hacer un llamamiento a todos nosotros para

que vivamos nuestra misión como cristianos, no sólo en el interior, sino realmente como ciudadanos del mundo, y ser así sal y levadura en la masa. Nadie puede permanecer indiferente a los graves problemas ecológicos que enfrentamos, pero siempre deben ser colocados dentro de un marco más amplio en el contexto de la promoción de la dignidad humana: de todo el hombre y de cada hombre, como dijo el Papa Pablo VI. Inspirados por el Espíritu de Dios, formemos un panel central vivo del tríptico en el que las dos encíclicas son como los paneles laterales, mostrándonos el camino, el camino del Evangelio, que debemos continuar siguiendo radicalmente, pero junto con muchos, con todas las personas de buena voluntad. Sé el cambio que deseas ver en tu propio entorno y en el mundo.

Les invito a todos a leer toda la encíclica, a releerla, a reflexionar juntos y a dialogar sobre ella.

Hno. René Stockman